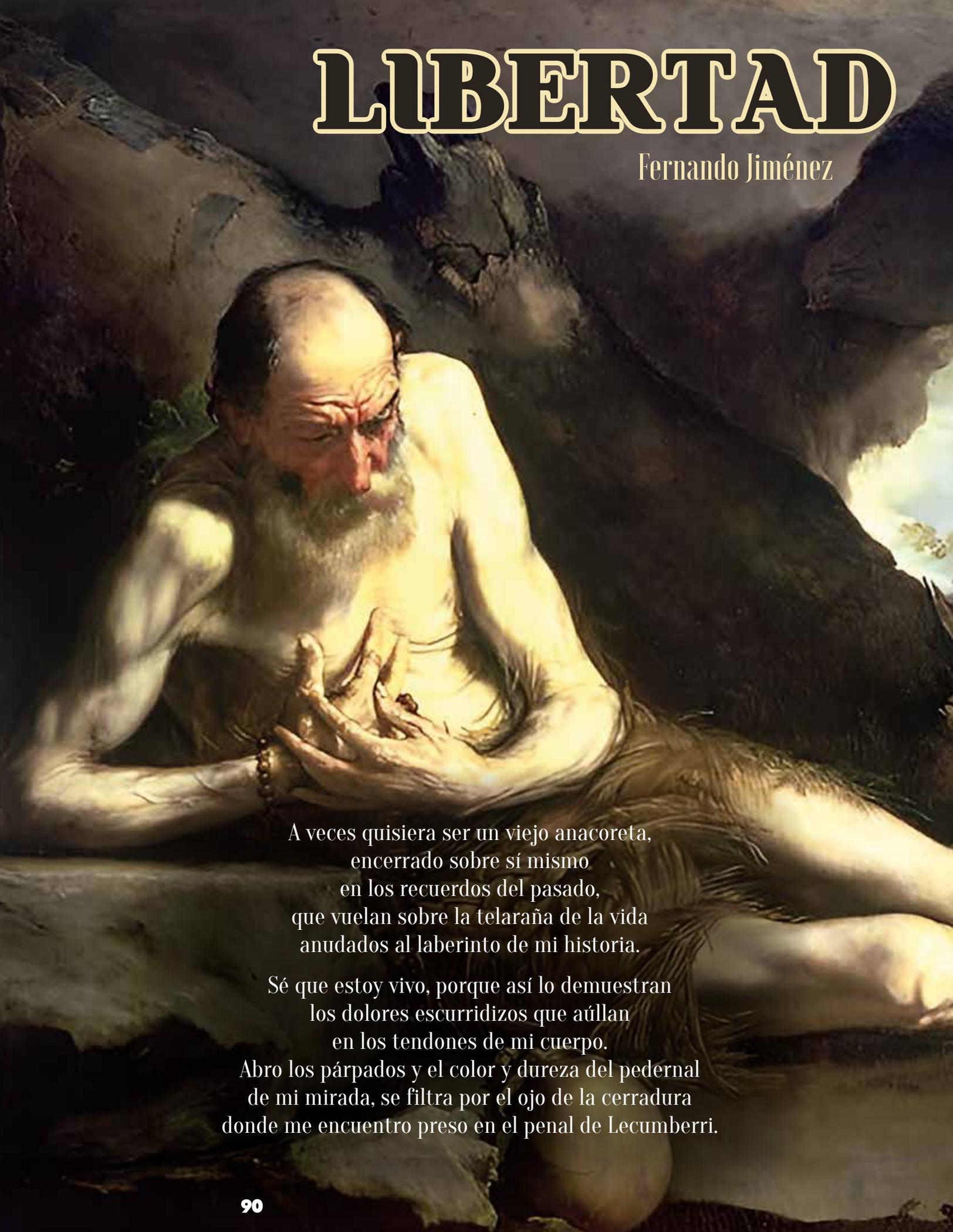


LIBERTAD

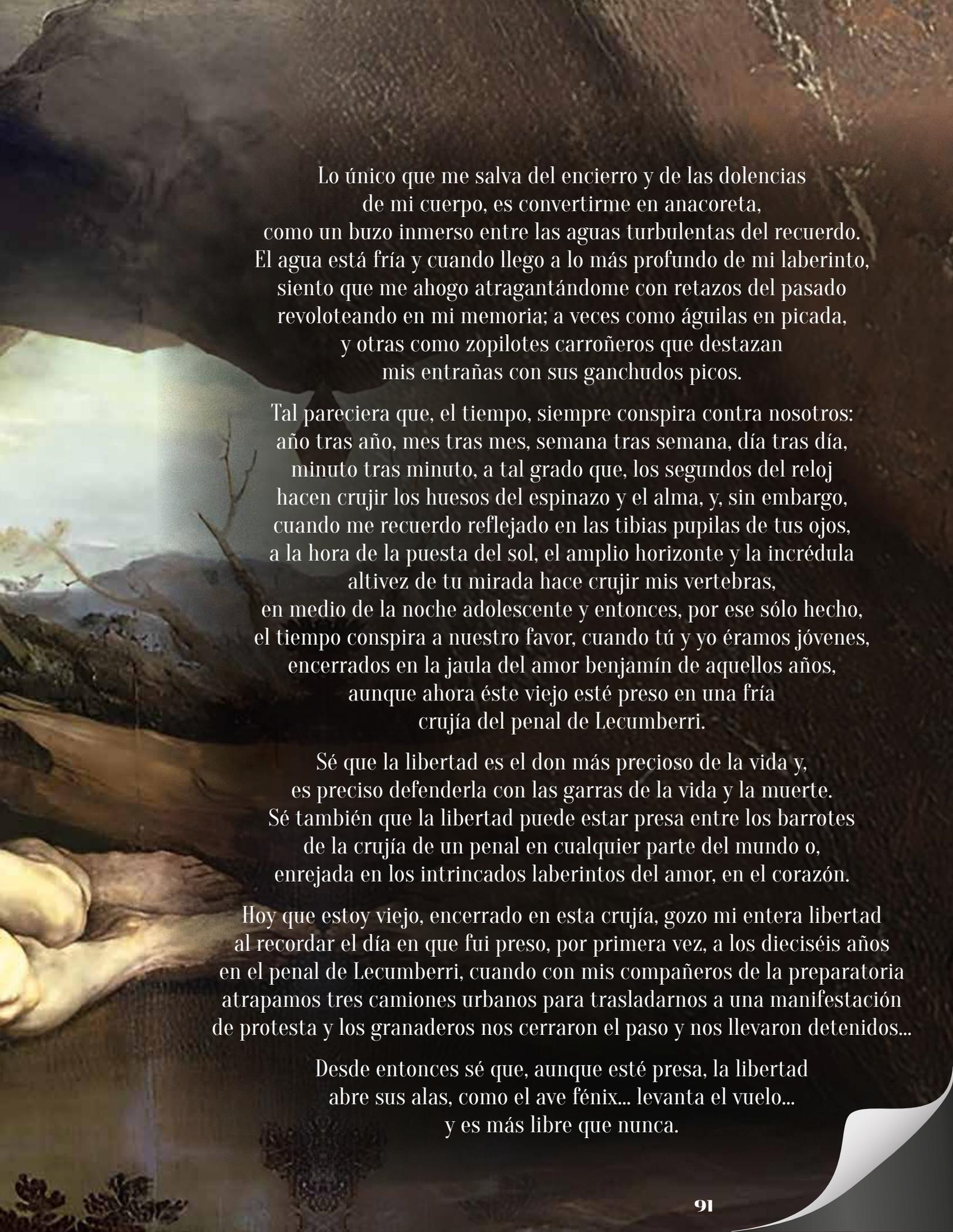
Fernando Jiménez



A veces quisiera ser un viejo anacoreta,
encerrado sobre sí mismo
en los recuerdos del pasado,
que vuelan sobre la telaraña de la vida
anudados al laberinto de mi historia.

Sé que estoy vivo, porque así lo demuestran
los dolores escurridizos que aúllan
en los tendones de mi cuerpo.

Abro los párpados y el color y dureza del pedernal
de mi mirada, se filtra por el ojo de la cerradura
donde me encuentro preso en el penal de Lecumberri.



Lo único que me salva del encierro y de las dolencias
de mi cuerpo, es convertirme en anacoreta,
como un buzo inmerso entre las aguas turbulentas del recuerdo.
El agua está fría y cuando llego a lo más profundo de mi laberinto,
siento que me ahogo atragantándome con retazos del pasado
revoloteando en mi memoria; a veces como águilas en picada,
y otras como zopilotes carroñeros que destazan
mis entrañas con sus ganchudos picos.

Tal pareciera que, el tiempo, siempre conspira contra nosotros:
año tras año, mes tras mes, semana tras semana, día tras día,
minuto tras minuto, a tal grado que, los segundos del reloj
hacen crujir los huesos del espinazo y el alma, y, sin embargo,
cuando me recuerdo reflejado en las tibias pupilas de tus ojos,
a la hora de la puesta del sol, el amplio horizonte y la increíble
altivez de tu mirada hace crujir mis vertebras,
en medio de la noche adolescente y entonces, por ese sólo hecho,
el tiempo conspira a nuestro favor, cuando tú y yo éramos jóvenes,
encerrados en la jaula del amor benjamín de aquellos años,
aunque ahora éste viejo esté preso en una fría
crujía del penal de Lecumberri.

Sé que la libertad es el don más precioso de la vida y,
es preciso defenderla con las garras de la vida y la muerte.
Sé también que la libertad puede estar presa entre los barrotes
de la crujía de un penal en cualquier parte del mundo o,
enrejada en los intrincados laberintos del amor, en el corazón.

Hoy que estoy viejo, encerrado en esta crujía, gozo mi entera libertad
al recordar el día en que fui preso, por primera vez, a los dieciséis años
en el penal de Lecumberri, cuando con mis compañeros de la preparatoria
atrapamos tres camiones urbanos para trasladarnos a una manifestación
de protesta y los granaderos nos cerraron el paso y nos llevaron detenidos...

Desde entonces sé que, aunque esté presa, la libertad
abre sus alas, como el ave fénix... levanta el vuelo...
y es más libre que nunca.